LA REIVINDICACIÓN DE GABRIELA MISTRAL POR JOSÉ LUIS HIDALGO: HACIA LA REHUMANIZACIÓN POÉTICA DE POSGUERRA

A Aurelio García Cantalapiedra

El día tres de febrero de 1997 se cumplió el cincuenta aniversario de la muerte del poeta cántabro José Luis Hidalgo, uno de los mejores representantes de la lírica existencial de posguerra y precursor, junto con José Hierro, de aquella Quinta del 42 santanderina que llevó a cabo empresas poéticas como la revista *Proel* y que marcó el camino hacia la rehumanización de las letras en los primeros años cuarenta.

Su poesía iniciada en los abismos desgarradores del surrealismo, producto del magisterio de los vates del veintisiete, todavía rastreables en su primer libro publicado *Raíz* (1944), se encamina hacia las preocupaciones metafísicas que tendrán su cumbre en *Los muertos* (1947), libro que aparecería a los pocos días de su fallecimiento. Este viraje hacia una poesía rehumanizadora vino jalonado por la necesidad de una estética poética que expresase las inquietudes humanas después de lo que representó la tragedia fratricida y el ambiente de parafernalia esteticista y heroica que predominaban en la poesía de la inmediata posguerra.

Cuando José Luis Hidalgo escribió su artículo "El sentido religioso en la obra de Gabriela Mistral", en el diario *Alerta* el 18 de noviembre de 1945, no sólo estaba reivindicando el vate cántabro una de las figuras poéticas más importantes de la Literatura de este siglo, sino, y lo que es mucho más significativo, toda una estética e idelogía literaria en el ambiente de

posiciones poéticas encontradas que marcaron aquellos años de nuestra posguerra, representadas en los debates entre *Garcilasistas y Espadañistas.* Los obstáculos con los que Gabriela Mistral chocó en Chile: la censura de sus artículos, el ambiente de opresión, la denegación de poder cursar estudios y ejercer la docencia que le llevaron a un exilio voluntario, etc.[1], también estaban en cierta medida presentes en la España de la época: unas instituciones oficiales que promulgaban un dirigismo cultural y establecían una firme censura.

La poesía de Gabriela Mistral encarnaba por lo tanto una línea poética rehumanizadora y transcendente frente al purismo y elitismo de los modernistas, frente al cosmopolitismo vanguardista que conllevaban figuras como Vicente Huidobro. La poetisa representó una vertiente religiosa y humanista con la cual Hidalgo y sus compañeros de las primeras promociones en seguida sintonizaron, en un momento histórico en que se tendía a preponderar oficialmente una línea purista y depurada que simbolizaban los poetas de *Garcilaso* en su primera etapa.

José Luis Hidalgo preconizó una poesía rehumanizadora que profundizase en el ser humano y expresase sus problemas vitales y existenciales, viendo en la poesía religiosa de Gabriela Mistral uno de sus mejores baluartes. Los postulados poéticos y estéticos de la poetisa chilena eran acordes con los vates de la Quinta del 42, ambos se pueden caracterizar por la tendencia a una lírica sencilla en la métrica y en el lenguaje; la búsqueda de interioridad personal; la presencia de un tono melancólico y cierto sentimiento de frustración[2]; las expresio-

---

[1] Ver **Concha, Jaime**. *Gabriela Mistral.* Madrid : Júcar, 1987 y **Alegría, Fernando**. *Genio y figura de Gabriela Mistral.* Buenos Aires : Eudeba, 1966.

[2] Recordemos circunstancias personales importantes en Gabriela Mistral que marcaron dolorosamente su vida: el abandono de su padre, el suicidio de su supuesto novio, la muerte de su madre y el suicidio también inesperado de su sobrino, en quien la poetisa había volcado sus sentimientos maternales. Por otro lado, los poetas de la Quinta del 42 se han caracterizado por ese poso de amargura que definía José Hierro en un artículo, precisamente con el título de "Fracaso" (*Corcel*, nº 213-5, julio 1947), a la muerte de su amigo Hidalgo.

nes de dolor y angustia metafísica; la trascendencia espiritual, surgida del recogimiento y de la soledad; el tratamiento de temas meditabundos en torno a Dios, la Muerte y el deseo de Inmortalidad; la importancia del regionalismo, representado en Gabriela Mistral por el indigenismo y en los poetas de la Quinta por el folclore cántabro (esas leyendas y mitos del Dolor de tierra verde de Manuel Llano que influye en ellos); y la vuelta a la Naturaleza en un deseo de comunión panteista con ella.

En el artículo sobre la religiosidad de Gabriela Mistral, José Luis Hidalgo señalaba la necesidad de una poesía trascendente y espiritual que se enfrentase con las verdaderas preocupaciones humanas y se atreviese a criticar a las otras líneas poéticas, ancladas en presupuestos pasados de moda, esos poetas "ezoicos de la lírica parnasiana y simbolista francesa", y "las voces quebradas de unas vanguardias creacionistas", (explícitamente los garcilasistas y a los poetas que siguen experimentando formas puras y vacías por "puro placer estético", lejanos de las circunstancias históricas y sociales del momento). La figura de Gabriela Mistral encarna para Hidalgo esa voz solidaria y tremendamente humana de una estética más acorde con el momento histórico y que engarzaría con una vertiente poética religiosa que contemporáneamente había representado don Miguel de Unamuno:

> Gabriela Mistral es una poetisa fundamentalmente religiosa, como, en último término, lo son todos los poetas entrañables y verdaderos, pues sólo puede el hombre alcanzar su máxima grandeza cuando se encara con Dios. Es lo religioso, en la obra de Gabriela Mistral, tan fundamental y sustantivo, que ni por un momento deja de estar presente en ninguno de sus poemas. Y esto es mas de notar porque entre un rebaño de poetas retardados, ezoicos de la lírica parnasiana y simbolista francesa, las voces quebradas de unas vanguardias creacionistas manoseando en el espacio sin oxígeno humano de la "poesía pura", se mantiene casi sola su figura, en incansable rebusca de los valores permanentes humanos. Dura de ritmo y torpe de forma a veces, su poesía se sumerge continuamente en esta rebusca y, como nuestro don Miguel de

> Unamuno, surge después a la luz con un manojo de versos sangrantes y doloridos.
>
> Pero esta rebusca no la efectúa, como otros muchos de nuestros escritores contemporáneos, resecos de esteticismo, por puro placer artístico. Etica y estética son en ella una misma criatura espiritual, pues no en vano se proclama ella a sí misma discípula del Dante y de Tolstoi. Esta identificación total entre la belleza y la bondad la hace decir que, en último término, "toda belleza es misericordia de Dios", y cuando canta su propio dolor, el universal dolor de los humanos no llega a ese canto por fruición retórica, sino porque "ella escucha arrobada el río de su dolor hecho hermosura".

La poesía religiosa de Gabriela Mistral presenta inquietudes existenciales en torno al anhelo humano de perduración frente a la muerte y el sufrimiento por los desheredados de este mundo. La misma poetisa se había definido religiosamente cristiana y declaraba haber recibido el influjo de la Biblia (además de Tagore, Tolstoi, Amado Nervo etc)[3]; también se interesó por la indagación en concepciones religiosas, por ejemplo, la teosofía y las doctrinas que buscan una interpretación filosófica de Dios, el ser humano y el universo, partiendo del principio de que el alma es capaz de captar la intuición directa de lo sobrenatural y desarrollar fuerzas invisibles; también prestó atención a las creencias de San Francisco y del Budismo con su concepción de la armonía trascendental: el ser humano se mezcla con todas las formas del cosmos y en esta fusión alcanza la plenitud y el amor universal.

Parte de estas ideas y temas de Gabriela Mistral subyacen en la poesía de José Luis Hidalgo, quien no sólo se sintió atraído por la personalidad de la escritora y sus postulados estéticos, sino también por sus motivos poéticos. El tono marcadamente doloroso que aparece en la poesía de Gabriela Mistral, sobre todo en *Desolación* (1922), lo encontramos también en Hidalgo. El tema de Dios, el deseo de eternidad y una concepción armónica del universo, coinciden con la concepción

[3] Ver **Taylor, Martín**. *Sensibilidad religiosa de Gabriela Mistral.* Madrid : Gredos, 1975 y **Silva Castro, Raúl**. *Estudios sobre Gabriela Mistral.* Santiago de Chile : Zig Zag, 1935.

panteísta de perduración en la Naturaleza después de la muerte y en esa preocupación metafísica por el final de la vida humana, en constante apelación a Dios.

La dicotomía entre la vida y muerte es uno de los temas que estructura la obra de Gabriela Mistral y también perfilará *Los muertos* (1947) de Hidalgo. En el primer poema de *Desolación* (1922), el titulado precisamente "El pensador de Rodin", recrea motivos que encontraremos en la poesía metafísica del vate cántabro: esa reflexión amarga sobre el destino postrero de convertirse en "carne de la huesa" tan unamuniano, el recuerdo pasado de la juventud, el rechazo a la muerte, el ocaso del ser humano en paralelismo con el otoño de la naturaleza, el motivo del árbol, etc.:

> Con el mentón caído sobre la mano ruda,
> el Pensador se acuerda que es carne de la huesa,
> carne fatal, delante del destino desnuda,
> carne que odia la muerte, y tembló de belleza.
>
> Y tembló de amor toda su primavera ardiente,
> y ahora, al otoño, anégase de verdad y tristeza.
> El *de morir tenemos* pasa sobre su frente,
> en todo agudo bronce, cuando la noche empieza.
>
> Y en la angustia, sus músculos se hienden, sufridores.
> Cada surco en la carne se llena de terrores.
> Se hiende, como la hoja de otoño, al Señor fuerte
>
> que le llama en los bronces... Y no hay árbol torcido
> de sol en la llanura, ni león de flanco herido,
> *crispados como este hombre que medita en la muerte*[4].

El tono meditabundo y amargo es constante en el poema que contiene ciertos ecos del Rubén Darío de "Lo fatal". Hidalgo concuerda con Gabriela en ese sentimiento de pesadumbre por la vida que se pierde en fuga raudal. Tanto *Desolación* como *Los muertos,* son una experiencia en torno al tiempo y la muerte, que termina en la esperanza de Dios como

[4] **Mistral, Gabriela**. *Poesías completas,* Madrid : Aguilar, 1976. p. 3.

salida posible. Después de tanto trance acibarado es sintomático que en el libro de Hidalgo el penúltimo poema se titule "Nacimiento", resurrección a la vida, nuevo alumbramiento después del via crucis agónico, y que la composición final sea "Belleza", mero indicio divino dentro de sí y objetivo del poeta, porque "La Belleza es la sombra de Dios sobre el Universo", según expuso Gabriela Mistral en su "Decálogo del artista". Al terminar *Los muertos* con "Belleza", estaba José Luis Hidalgo haciendo una profesión de fe: la belleza es la sombra de Dios sobre el mundo, ese Dios al que apelaba y ponía en duda, Divinidad que asistía impertérrita a las aflicciones del ser humano o que se ocultaba para extender su soledad. Al final, el poeta también ponía su ilusión en la eternidad, porque a través de la Belleza, del Arte o de Dios tenía la certeza *de que la muerte es mentira.*

El tema Dios es recurrente en nuestros poetas, su figura abarcaba "Los poemas del éxtasis" de Gabriela Mistral, donde aparece definido con los atributos de la confianza, la perfección y la inmortalidad; pero, no siempre se caracteriza con rasgos benevolentes, a veces, surge el Dios del castigo y de la ira que condena a los seres humanos a su triste final, esta última postura lleva implícita la idea de sufrimiento; sin embargo, Gabriela Mistral nunca cuestiona la Divinidad, mientras que Hidalgo sí pone en duda su existencia.

Una imagen común en ambos poetas será la representación de Dios como el Señor que golpea y tala el árbol, que corta su tronco, puro símbolo de la vida del ser humano; Gabriela Mistral llega incluso a titular un libro con dicha idea: *Tala* (1938), literalmente tiene el sentido de cortar los árboles del bosque y conlleva la imagen de arrasamiento destructivo con todas las connotaciones de desamparo. Este Dios segador aparece en "Al oído de Cristo" de *Desolación*, donde *garfios, hierros, zarpas* caen sobre la carne, mientras el hombre *ya paja de las eras* es quemado por el Cristo que desciende a aventar en una imagen que nos recuerda a los rastrosjos de difuntos de la "Elegía a Ramón Sijé" de Miguel Hernández; Hidalgo también lo caracterizará con rasgos parecidos en el poema: "Por qué voy a llorarme", de *Los muertos:*

¿Por qué voy a llorarme? Los árboles no lloran
cuando el hacha furiosa les hiere la madera.
Yo sólo he preguntado si tu mano sombría
con nuestros troncos lívidos enciende sus hogueras.

Lloro a los que han caído porque son de mi bosque,
pero yo sigo erguido cantando en las tinieblas.
Pisando las cenizas heladas de su ruina
avanzo hacia ese fuego soñando en que me esperas.

Soy joven como el mundo, mas lloro desde siempre
aunque todas mis hojas huelen a primavera.
pero a mí no me lloro, porque tengo mi vida
y su efímera carne por Ti también se quema.[5]

En el poema aparecerán los siguientes motivos comunes: la figura de Dios como leñador que poda la vida de los seres humanos, representados en árboles con su corteza y tronco; la *mano* de Dios (tan frecuentemente usada por la poetisa y también recurrente en Miguel de Unamuno); la figura del poeta de pie envuelto en tinieblas clamando entre los muertos; el tópico del fuego o la hoguera espiritual de la fe; los surcos de la vida como experiencia sufrida; etc. Otro tema que comparten nuestros poetas derivado del anterior es la figura de Dios segador que corta una flor, ésta representa también la vida del poeta, de este modo aparece en los "Comentarios a Poemas de Rabindranath Tagore" de Gabriela Mistral, junto con el tópico de la vida como maduración hacia la muerte:

> Verdad es que aún no estoy en sazón, que mis lágrimas no alcanzarán a colmar el cuenco de tus manos. Pero no importa, mi Dueño: en un día de angustias puedo madurar por completo.
>
> Tan pequeña me veo que temo no ser advertida y quedar olvidada como la espiga en que no reparó, pasando, el segador. Por esto quiero suplir con el canto mi pequeñez, sólo por hacerte volver el rostro si me dejas perdida, mi Segador.
>
> Verdad es también que no haré falta para tus harinas

[5] **Hidalgo, José Luis**. *Obra poética completa.* Santander : Institución Cultural de Cantabria, 1976, p. 82.

> celestiales; verdad es que en tu pan no pondré un sabor nuevo. Mas de vivir atenta a tus movimientos, ¡te conozco tantas ternuras! Yo te he visto, yendo de mañana por el campo, recoger evaporada la gotita de rocío que tirita en la cabezuela florida de una hierba y sorberla con menos ruido que el de un beso. Te he visto asimismo dejar disimuladas en el enredo de las zarzamoras las hebras para el nido del tordo. (...)[6]

Dios se muestra personificado con atributos humanos: es esa mano, la primera *manifestación* del ser que con su poder arranca y recoge las flores del campo, símbolo a su vez de las personas; y es la mirada creadora y abarcadora que domina sus extensiones universales, etc, motivos también incidentes en la poesía de Hidalgo. Muy ligado a estos temas surge la idea de maduración, realización plena de la existencia y preparación para la muerte, proceso cumbre de fructificación vital y punto álgido del ser humano en su crecimiento hacia el flujo universal que tan maravillosamente había cantado Rainer María Rilke en su *Das Stundenbuch* (1903)[7], mientras Gabriela Mistral expresa esta idea de plenitud en el poema titulado "Extasis": *Recíbeme, voy plena,/ ¡tan plena voy como tierra inundada!,* José Luis Hidalgo la recrea en "Ahora que estoy solo", "Los hijos", "Vivir doloroso", "Yo quiero ser el árbol", "Hombre soy", "Rojo otoño" y, sobre todo, "Estoy maduro":

> Me ha calentado el sol ya tantos años
> que pienso que mi entraña está madura
> y has de bajar, Señor, para arrancarme
> con tus manos inmensas y desnudas.
>
> Pleno y dorado estoy para tu sueño,
> por él navegaré como una luna
> que irá brillando silenciosamente,
> astro frutal sobre tu noche pura.

---

[6] **Mistral, Gabriela**. *Desolación.* Madrid : Espasa-Calpe, 1979, p. 202.

[7] Sobre el influjo rilkiano en Hidalgo consúltese nuestro trabajo *Rainer María Rilke y José Luis Hidalgo: El tema de la muerte // Altazor* (2 Marzo 1993). Diputación Regional de Cantabria. Santander.

Una nube vendrá y acaso borre
mi luz para los vivos y, entre lluvia,
zumo dulce de Ti, te irá cayendo
la savia de mi ser, como una música.

Será que estaré muerto y entregado
otra vez a la tierra de las tumbas.
Pero, sangre inmortal, mi roja entraña
de nuevo quemará tu luz futura[8].

La idea de maduración implica culminación de un proceso, abrirse al impulso de la vida y a las fuerzas de la naturaleza para contemplar la verdadera esencia en comunión con el universo; los poetas emplean unas mismas comparaciones y elementos emblemáticos: los frutos, cosechas, semillas y plantas. El motivo del árbol también es recurrente en ellos, símbolo de aspiración a la divinidad, representa la regeneración y la perduración en el ciclo vital, y también es metáfora del mismo ser humano que se desarrolla física y espiritualmente: las raíces de su mortalidad terrena y sus ramas que se elevan hacia el cielo en anhelo de lo sagrado.

Los poetas coinciden en el deseo de ser un árbol. José Luis Hidalgo llega incluso a titular un poema con "Yo quiero ser el árbol", y el motivo es recurrente en muchas de sus composiciones, por ejemplo en "Arbol" y "Rumor lejano", donde él es un *árbol dolorido,* etc; igual que Gabriela Mistral se identificaba con la encina en el poema del mismo título, la poetisa chilena se compenetra con ella por los significados imperecederos que representa, resurgiendo de nuevo aquel tópico de la muerte taladora; pero será sobre todo en "Nocturno de la consumación", y en "Ultimo árbol" donde este símbolo adquiere sus mayores connotaciones existenciales al vincularse con el paso del tiempo: la propia mujer se compara con él, estableciéndose una identificación de las partes humanas con las vegetales: tronco, raíces, hojas, etc; y llegará a su cumbre en el titulado precisamente "Árbol muerto", donde la personificación natural adquiere los sentimientos de aflicción humana con

[8] **Hidalgo, José Luis**. *Ob. cit.* p. 79.

alusiones al proceso poético incluido: sus hojas y ramas dan *sombra desolada,* sus *raíces torturadas* tantean con *angustia* y por sus heridas sube *un purpurino musgo como estrofa ensangrentada,* la poetisa proyecta en esta figura metafórica su estado de desolación igual que hará Hidalgo en "Hombre soy", encarnación del motivo y transfiguración de sus propios sentimientos angustiosos ante el devenir de la muerte:

> En medio de mi vida, como un árbol
> he esperado el otoño de mis frutos,
> su amarillez celeste y la esperanza
> de soñar que es del viento mi futuro.
>
> Hombre soy, y por hombre y por ser triste
> nunca el sol calentó mi ser desnudo,
> semilla de dolor que nunca brota,
> corazón que no llega a estar maduro.
>
> Que sé que a mi raíz, Señor, le has dado
> la tierra que arrancaste a mi sepulcro.[9]

Relacionado con los temas de los árboles y la naturaleza aparece el tópico de la esterilidad con sus características de vacuidad. La poetisa chilena desarrolló el motivo de la mujer infecunda que escondía también ciertas experiencias personales sobre la imposibilidad de ser madre y el hondo pesar que le produjo el suicidio de su sobrino. El tema adquiere connotaciones funestas en "Mujer estéril", en el poema los ojos se vacían como l*os follajes de octubre* y el ser premonitoriamente siente la proximidad del frío invierno, mientras oye el viento en los cipreses -imagen con claras alusiones funerarias y de tonos neorrománticos-; a pesar de los detalles que lo relacionan, el motivo del árbol siempre tendrá cualidades positivas que implican la perduración por medio de la simiente, su ejemplo más representativo es "Poema del Hijo" en cuyo comienzo señala: "*Decía: ¡un hijo!, como el árbol conmovido / de primavera alarga sus yemas hacia el cielo",* pronto surge

[9] **Hidalgo, José Luis**. *Ob. cit.* p. 85

la frustración teñida de desesperanza: la ceniza precoz de la muerte, la amargura del corazón y la voz vencida por lo que pudiera haber sido y no fue.

Los anhelos fracasados y su poso de angustia aparecen de forma parecida en Hidalgo que también estructura el poema "Los hijos" con esa alternancia: las ansias tremendamente vitalistas de subsistir luchan contra el desengaño y el vacío abocador de la muerte; en dicha composición se reitera la idea de fecundación y eternidad asociada al árbol, los hijos son esas semillas que nos perpetúan en los ciclos de la historia hasta la inmortalidad, ramas cuyo florecer son los sueños y alegrias de la vida, pero las imágenes positivas pronto se tornan en destructivas y desoladoras, son esos *ríos de sangre* de los últimos versos que anuncian la irremisible muerte final e indican la imposibilidad de una futura existencia:

> Yo quisiera morir cuando ya tenga
> mi sangre en otras sangres derramada
> y ya mi corazón sea semilla
> que florezca su flor en otra rama.
>
> Porque entonces, Señor, mi tronco seco
> sin la savia de Ti, se irá a la nada,
> pero las ramas altas de mi vida
> seguirán por tu luz alimentadas.
>
> Y pasarán los años; mi madera
> sobre el suelo caerá por Ti talada
> y en su came, ya tierra para siempre,
> crecerán las raíces de sus ramas.
>
> Así podré tenerte, con mis hijos
> podré llegar a Ti por sus palabras,
> podré llorar de Ti, podré soñarte
> buscando en el futuro tus entrañas.
>
> Pero si no es así, si en mí se ciegan
> los ríos de la sangre que te cantan,
> jamás te contaré, porque los muertos
> están muertos y mueren y se acaban.[10]

[10] **Hidalgo, José Luis**. *Ob. cit.* p. 79.

Los dos poetas coinciden en la expresión melancólica y amarga, sin embargo, Gabriela Mistral toma una postura mucho más optimista con respecto a la muerte que Hidalgo; anclada en la fe cristiana, concibe el fin del ser humano como un estadio más para alcanzar el nexo de unión con Dios, cree en la continuación de la vida y en la salvación del alma, *no he de perderme tras la muerte* señala en los "Comentarios a Poemas de Rabindranath Tagore". La poetisa justifica la perduración después del fallecimiento por la gracia de Dios, dando por hecho que Dios existe metafórico y poéticamente. La muerte es mero tránsito sombrío del ser humano hacia la eternidad del alma, una vez libre de la pesadez del cuerpo, ella caería en la desolación completa si no tuviera la certeza de encontrar al final la comunión con la tierra y con los seres de la naturaleza creados por Dios.

En "Interrogaciones" Gabriela Mistral formula una serie de preguntas retóricas sobre el destino del ser humano utilizando los motivos en torno a la muerte como sueño eterno, el cuidado del rosal que representa la vida, la suerte postrera del alma, la duda sobre el reposo final, la fusión con Dios, etc, en un tono que en los últimos versos se hace esperanzador:

¿Cómo quedan, Señor, durmiendo los suicidas?
¿Un cuajo entre la boca, las dos sienes vaciadas,
las lunas de los ojos albas y engrandecidas,
hacia un ancla invisible las manos orientadas?

¿O tú llegas después que los hombres se han ido,
y les bajas el párpado sobre el ojo cegado,
acomodas las vísceras sin dolor y sin ruido
y entrecruzas las manos sobre el pecho callado?

El rosal que los vivos riegan sobre su huesa,
¿no le pinta a sus rosas unas formas de heridas?,
¿no tiene acre el olor, siniestra la belleza
y las frondas menguadas de serpientes tejidas?

Y responde, Señor: cuando se fuga el alma,
por la mojada puerta de las largas heridas,
¿entra en la zona tuya hendiendo el aire en calma
o se oye un crepitar de alas enloquecidas?

¿Angosto cerco lívido se aprieta en torno suyo?
¿El eter es un campo de monstruos florecido?
¿En el pavor no aciertan ni con el nombre tuyo?
¿O van gritando sobre tu corazón dormido?

¿No hay un rayo de sol que los alcance un día?
¿No hay agua que los lave de sus estigmas rojos?
¿Para ellos solamente queda tu entraña fría,
sordo tu oído fino y apretados tus ojos?

Tal el hombre asegura, por error o malicia;
mas yo que te he gustado, como un vino, Señor,
mientras los otros siguen llamándote Justicia,
¡no te llamaré nunca otra cosa que Amor!

Yo sé que como el hombre fue siempre zarpa dura;
la catarata, vértigo; aspereza, la sierra.
¡Tú eres el vaso donde se esponjan de dulzura
los nectarios de todos los huertos de la Tierra![11]

La composición está estructurada al principio en una serie de formulaciones que nos retraen por la misma forma interrogativa y el uso de la disyunción al poema "Muerte" de Hidalgo (*"Mas, dime, Tú, Señor, ¿los que se ha muerto, / es la noche o el día lo que alcanzan?"*). El poeta cántabro también interpelará a Dios sobre la suerte última de los muertos y utilizará parecidos temas: el interés por el estado de los difuntos, esos *suicidas* del comienzo de los versos iniciales que evocan a los ahogados del poema "Ansia" y que con sus *ojos engrandecidos* nos recuerdan la *sola mirada enorme y ciega* de "Me miras"; la metáfora bíblica de la bajada de Dios a la tierra para supervisar su rebaño de vivos, la desarrolla en "Has bajado"; el motivo de la vida representada por la brevedad de la rosa (ese *rosal que los vivos riegan sobre la huesa*) es una metáfora recurrente en Hidalgo, ya en "Invierno" *las rosas se ocultan en la nada* después de la existencia, e igual que en la composición de Gabriela Mistral *nacen ya con una herida*, u ocultan *en sus pétalos rojos de pronto una sombra* en "Algo más";

[11] **Mistral, Gabriela**. *Poesía completa...* p. 84.

la apelación a Dios en tono imperativo, *Responde Señor,* tiene su correlato con el *Dime, Señor* del poema "Muerte" al utilizar parecida interrogación retórica que profundiza en el sino final del ser humano; de este modo, Hidalgo se pregunta sobre la *eterna paz* (*aire en calma* en Mistral) o la *eternal borrasca* (imagen que corresponde a ese *crepitar de alas enloquecidas* en la poetisa chilena).

José Luis Hidalgo es mucho más existencial que Gabriela Mistral, aunque en ambos aparecen imágenes panteístas que inciden en la necesidad de reintegrarse a la tierra como forma de perduración después de la muerte; buen ejemplo son "Los sonetos de la muerte" donde la fusión de los seres humanos con la naturaleza cierra el ciclo vital, en el poeta santanderino éstas son mucho más acentuadas ya que rayan lo telúrico y recogen otras significaciones, desde *Raíz* (1944), bajar a las profundidades de la tierra tiene un sentido casi místico de indagar en la esencia del ser, de traspasar lo propiamente terrenal en busca de lo primigenio. Mistral ve en la Naturaleza una extensión del Amor Divino, mientras para Hidalgo es la expresión de sus fuerzas vitales; Dios para Gabriela es a veces una protección de los desvalidos frente a la muerte ("Plegaria del nido"), para el poeta cántabro es sólo *ese ansia de quererle* ("Ansia"), mero símbolo y vehículo de sus preocupaciones existenciales sin respuesta, porque como señala en "Polvo de mi ruina":

> El viento ha de pasar, como ahora pasa,
> por un campo cualquiera, su frescura,
> y arrastrará este polvo de mi ruina
> entre el polvo y las ruinas de otras tumbas.

FRANCISCO RUIZ SORIANO